

entre los cuatro niveles generales del método lexicográfico a través de todo el estudio. En segundo lugar, la relación existente entre los varios significados de los conceptos verdad, verdadero, bondad y bueno en el pensamiento filosófico y teológico de Tomás de Aquino. Ambas articulaciones presumen de ser originales y por ende un aporte y estímulo para la investigación filosófica y teológica contemporánea.

Francisco Sánchez Leyva. Università Pontificia Salesiana, Roma  
fslsdb@yahoo.com.mx

---

GARCÍA-HUIDOBRO, JOAQUÍN

*¿Para qué sirve la política?*, Instituto Res Publica, Santiago, 2012, 165 pp.

A través de esta breve obra, Joaquín García-Huidobro intenta responder a una pregunta clave y central en las discusiones de la política actual. Tal como lo presenta el título *¿Para qué sirve la política?*, busca dar sentido a esta actividad que en el mundo actual ha perdido el valor e interés público que tenía en siglos pasados. Así mismo, intenta demostrar la imprescindible tarea que cumplen tanto la política, como el Estado y la ciudad en la consecución de la vida buena.

En el primer capítulo, el autor contrapone la opinión sofista, de que la política es una forma de dominación de unos sobre otros, frente a las posturas platónica y aristotélica. Para los primeros, la sociedad se divide en los que dominan y los dominados, el centro de la política es el poder y, por tanto, ella es ajena a la vida buena pues el actuar humano responde simplemente a intereses particulares. Frente a esto, a través del pensamiento de Platón y Aristóteles, el autor hace ver el error de los sofistas quienes entienden el poder en sentido tiránico, sin embargo, el verdadero poder político es el que “se ejerce en favor de los gobernados” (p. 25) y en ese sentido no sería dominación. De este modo se demuestra que gobernando en servicio de los demás, no solo se crece moralmente, sino que es en la política y en la convivencia con otros donde se adquiere la plenitud humana.

Sin embargo, esta opinión no queda exenta de críticas. Es evidente, tal como el autor lo hace ver, que la sociedad del siglo presente no es igual a la polis aristotélica. No solo no vivimos en una polis, sino que hoy en día la única manera que tenemos de participar activamente de la política es a través del voto electoral. Y a esto responde apuntando al hilo conductor del libro: el bien común es un asunto político. Por ende, la política no se agota en el Estado u ocupando un sitio en el parlamento, sino que mediante la “apertura a lo común” (p. 51) también se alcanza la excelencia humana. Y a pesar de que las naciones modernas distan mucho en tamaño y población de lo que era la polis, sí tienen muchas otras cosas en común y estructuras que antes no soñaban en existir.

A continuación se exponen las razones de la apatía política que abunda en nuestros tiempos. En primer lugar, responde al “panpoliticismo de décadas anteriores” (p. 52). En segundo lugar, a la comodidad cívica con que se vive hoy en día; no hay vidas en juego, por tanto, no existen motivos para participar. Por otro lado, se ha difundido un modo de vida que gira en torno al sí mismo, a satisfacer no solo las necesidades sino todos los apetitos humanos. Esto inevitablemente dificulta una recta apertura al bien común. Un cuarto factor que aumenta esta apatía es la desconexión con la política estatal a cambio de una más comunal, sencilla y concreta. Y finalmente, la avalancha de información por parte de los medios que, en cierto modo, hace difícil el diálogo entre los ciudadanos. Producto del crecimiento desmesurado de la población en los últimos siglos, se hace difícil que una persona común tenga alguna influencia política. Por lo mismo, para revalorizar la política y retomar esa simpatía perdida, a la luz de las enseñanzas de los clásicos, se debe enfatizar en la unión que existe entre política y moral. Recordar que “el clima moral de una sociedad no es indiferente para la vida buena de las personas” (p. 61). Tener esto en cuenta significa que quienes gobiernan comprenden lo importante que es tener una correcta concepción del hombre y que el ejercicio de su profesión no tiene que ver con el poder sino con el servicio a los demás y la responsabilidad en su crecimiento humano.

En el segundo capítulo, el autor aborda los problemas que enfrenta el Estado moderno y cómo reconstituirlo. Las tensiones se

centran en el poder estatal y si acaso disminuirlo, el crecimiento del estado moderno y la estatización de la vida, las críticas al estado de bienestar y el principio de subsidiariedad como la mejor alternativa; la relación entre el Estado y el mundo privado: cómo deben trabajar de manera conjunta en defensa del medio ambiente, la pobreza, una actividad laboral más humana y la promoción de la investigación científica; la noción que el Estado debe tener sobre los derechos fundamentales acorde a la antropología humana; el papel que debe jugar en la educación y en la libertad religiosa; cuánto debe intervenir y cómo puede enfrentar la sociedad pluralista con distintas concepciones morales que existe hoy en día.

A grandes rasgos, el autor propone que la mejor alternativa es un aumento de la participación de los individuos en todos los ámbitos. El Estado es necesario para vivir bien y para proteger a los más débiles. Pero debe haber una finalidad común entre lo que quiere el Estado y lo que buscan los particulares. Se tiene que retomar la confianza en el Estado y no verlo como coartador de la propia vida sino como “potenciación de las fuerzas humanas” (p. 102). Para esto se propone reconstituir gradualmente el Estado reformando a las personas que trabajan en él. ¿De qué manera? Con una concepción adecuada de lo que es la política, teniendo en cuenta, como ya se mencionó, que no consiste en dominar sino en servir y en velar no solo por el bien común sino por la vida buena.

En el tercer capítulo se retoman algunas ideas ya mencionadas y el autor hace una especial referencia a la obra de Hugo Herrera: *¿De qué hablamos cuando hablamos de Estado?* A través de ella se pone énfasis en el amor que el individuo debe tener hacia esta estructura que le proporciona protección, alimentación y paz. De esto se sigue el argumento en favor de la ciudad, tema que trata con mayor detenimiento en la última parte de la obra. “Solo se podrá pensar en amar al Estado o a la patria si antes se ama a la ciudad” (p. 139). Se hace ver cómo ha aumentado la importancia de esta última, a pesar de las malas condiciones en que se encuentran sobre todo en los países del tercer mundo. De ahí la relevancia de mejorar su desigualdad, mala distribución, contaminación y demás problemas que las asedian, para recuperar su carácter

personal y evitar el incremento de la violencia, la alienación y la baja natalidad.

Con esta obra, Joaquín García-Huidobro va de lo más general, la noción de política, pasando por el Estado, hasta lo más particular, el ciudadano común, para demostrar la relevancia y utilidad que aún tiene, y tal vez más que nunca, la política moderna. Es un trabajo que consigue, en pocas páginas, tocar gran parte de los temas que están presentes en el debate actual. También llama la atención sobre la urgencia de la participación ciudadana en la política, no necesariamente a la luz pública, sino desde la cotidianidad de cada individuo procurando alcanzar la excelencia mediante la vida en sociedad. Es un libro para todos pero tal vez especialmente para quienes se consideren “políticos”. Puede servir como un examen de su tarea diaria y como reflexión sobre la finalidad de su profesión.

María Josefina Saphores L. Universidad de Navarra  
msaphores@alumni.unav.es

---

GEUSS, RAYMOND

*A World Without Why*, Princeton University Press, Princeton (NJ), 2014, 264 pp.

Raymond Geuss es un especialista americano en teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, especialmente Habermas, así como en Nietzsche. Por su parte, *Un mundo sin razones* describe el carácter postmoderno del que, a su modo de ver, adolece la filosofía contemporánea cuando advierte la debilidad de sus presupuestos culturales de tipo institucional. Es decir, una cultura post-ilustrada donde ya la crítica de las ideologías ha puesto en evidencia los falsos ideales mediante los que se justificaba la sociedad moderna, a pesar de tampoco tener otra posible alternativa mediante la que poder justificar el añorado ideal de una libertad ilimitada y de una autonomía irrenunciable. Evidentemente, siempre quedará el posible recurso a aquellos intereses naturales más básicos, sobre los que a su vez se fundamenta